

al conde Candidiano, y todos sus secuaces cayeron en la desgracia del príncipe.

Teodosio promulgó dos leyes formales para apoyar estas disposiciones religiosas. Prohibe en la primera toda junta á los nestorianos; ordena que sus bienes sean confiscados, prohibiendo también el copiar, leer ó guardar los libros de Nestorio, y encargando al mismo tiempo hacer sobre esto una rigurosa pesquisa. Condena á las llamas por la segunda, publicada algunos años despues, todas las obras escritas contra el Concilio de Éfeso, contra la doctrina del santo Concilio Niceno y contra la de San Cirilo, de la misma manera que los escritos de Porfirio contra la Religion cristiana; todo bajo la pena de muerte á cualquiera que los leyese ó guardase. Ordenó espresamente que Ireneo, aquel conde que tanto habia servido á los últimos hereges, y al cual, aunque bigamo, habian nombrado obispo de Tiro para resarcirle de su desgracia, fuese echado de esta iglesia, y viviese en su pais privado del trage y nombre de obispo. Con este motivo puede notarse de paso que la opinion de los que afirman que entonces los obispos no tenian todavia hábitos particulares, está muy lejos de ser cierta. En esta ley, hecha solo en obsequio de la Religion, no deja de admirar en boca de un emperador cristiano esta espresion: *Nuestra divinidad decreta*; resto tan extraño como repugnante de la supersticion pagana.

Antes de proveer á las provincias, se creyó era mucho mas urgente el llenar la Silla de la capital, en lo que se emplearon los diputados del Concilio con el mayor afan, é hicieron elegir en lugar del heresiarca algunos meses despues de su deposicion al monge Maximiano, presbítero, el cual gozaba de mucha nombradía de piadoso. Esta eleccion fué tanto mas gratá á los legados, quanto Maximiano habia sido educado en la

Iglesia romana. Despues de la eleccion, dieron parte al punto los obispos al Sumo Pontífice de todo lo que acababan de arreglar, pidiéndole su aprobacion. Al propio tiempo le escribieron el emperador y el nuevo Patriarca, y el Papa contestó lleno de consuelo en tres cartas distintas, á las cuales añadió otra para el pueblo y clero de Constantinopla. En la carta á los obispos aprueba y confirma todo lo que habian hecho, en particular la deposicion de Nestorio y la ordenacion de Maximiano. Dice á los prelados que ellos han sido con él los autores de esta dichosa revolucion y los defensores de la fé; «pues aunque estamos distantes, añade, nuestra solicitud pontificia nos lo pone todo ante los ojos. Nada debe ocultarse á los ojos de Pedro, y ninguna disculpa tendremos con el Pastor Eterno que nos ha confiado todo su rebaño, si nos descuidásemos en remediar las necesidades que nos es dado conocer.» Este Santo Papa confirmó igualmente los cánones formados contra los nestorianos y pelagianos, y su modestia y humildad no le estorbaron usar estos términos de autoridad, hablando con los griegos: «Os advertimos, decretamos, queremos.» Se cree que entonces para desagraviar de las blasfemias de Nestorio á la Virgen Madre, añadió la Iglesia á la salucion angélica estas palabras: *Santa Maria, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores.*

Poco sobrevivió el Papa Celestino á la consumacion de esta grande obra, pues espiró el 6 de abril del año siguiente, despues de un pontificado de cerca de diez años. Fué elegido para sucederle, en 26 del mismo mes, Sixto III, natural de Roma y presbítero de la iglesia romana; el mismo á quien San Agustin habia dirigido su célebre carta acerca de la Gracia. La costumbre de cantar salmos antes del sacrificio, esto es, la institucion del Introito de la misa, se atribuye al Papa Celestino; así

como San Agustin nos dice que en su tiempo se principió en Cartago á cantar salmos al ofertorio y á la Comunión.

También debe la Irlanda á este celoso Pontífice la fé que ha guardado con tanta constancia desde este tiempo tan remoto. San Patricio, escocés de nacion, habia predicado el Evangelio antes en la Hibernia, pero sin resultado alguno. Empeñó el viaje de Roma, en donde Celestino le ordenó obispo, y le envió de nuevo á aquella isla. La mision apostólica y la obediencia del misionero llevaron en pos de sus trabajos una nueva bendicion. Su celo, sostenido con el don de milagros, produjo tan copiosos frutos, que siempre ha sido reconocido despues por Apóstol de la Irlanda, donde fundó el monasterio de Sabal y la iglesia de Armach, metropolitana de la isla.

Restablecer la paz en las iglesias orientales fué el primer cuidado de Sixto despues de su exaltacion (1); y principió esta buena obra en la misma carta, en que participaba su eleccion á los obispos que volvían del Concilio de Éfeso. En esta carta trató con atencion á Juan de Antioquia, temeroso de que un proceder mas rígido precipitase en un cisma á todos los obispos de la Siria. Pero esto no obstante, el Papa declaró que si Juan quiere ser reconocido por prelado ortodoxo, es preciso que condene todo lo que la Iglesia ha condenado. Para poner remedio á estas mismas escisiones, el emperador procedió de acuerdo con el nuevo patriarca Maximiano y con muchos obispos que permanecian en Constantinopla despues de su ordenacion. También conocieron en aquella capital que ante todas cosas se debia poner á cubierto la fé: que le debian exigir á Juan de Antioquia que anatematizase la doctrina de Nestorio y aprobase su deposicion, y que Cirilo por su parte echa-

se en olvido todo lo que habia sufrido en Éfeso. Con este motivo hubo muchas negociaciones, conferencias y cartas escritas de ambas partes, cuya relacion no entra en nuestro plan. Basta saber que Cirilo, menos sensible á sus agravios personales que al interés general de la Iglesia, tuvo la magnanimidad de dar los primeros pasos hácia sus enemigos que eran los verdaderos culpables. Escribió á los que creia con mejores disposiciones, protestándoles que en cuanto habia hecho no se propuso mas que la seguridad de la fé y el mayor bien de la Religion: que aun cuando él se hubiese escudado ó equivocado en algo, no debia por esto padecer la Iglesia: que era una necesidad indispensable, y tan conforme á la voluntad de Dios como á la del emperador, el aprobar la condenacion de Nestorio y anatematizar sus blasfemias; y que de solo esto dependia el restablecimiento de la paz de la Iglesia (1); respecto á los ultrajes que habia recibido defendiendo la fé al frente del sagrado Concilio, no solo los olvidaba voluntariamente por amor de Dios y utilidad de la Iglesia, sino que su clero, más sensible que él mismo á las afrentas hechas á su prelado, se conformaria no obstante á sus deseos, no menos que todos los obispos de Egipto, y que no creerian comprar la paz á muy alto precio si con esto la adquiririan. Tal fué su amor por la paz, que se justificó seriamente de las sospechas de apolinarismo y de las demas heregias que fingian imputarle: pronunció formal anatema contra Apolinar, y confesó espresamente que aunque el Hijo único de Dios es el mismo que padeció en su carne, no se hizo en él confusion alguna, y que es inmutable é impassible segun su naturaleza eterna. Acerca de los doce artículos ó anatematismos prometia contentar á todos lue-

(1) Baluz. collect. Synod. pag. 623.

(1) Baluz. Synodio. cap. 55 et 56.

go que se pudiese tratar con una franqueza y cordialidad fraternal.

Estas declaraciones causaron admirable efecto en el patriarca de Antioquía y en muchos de sus partidarios, que solo resistían por preocupacion: conferenciaron entre sí, y en su consecuencia suplicaron á Pablo, obispo de Emesa, que pasase á Egipto para tratar allí con Cirilo. El mediador, al tiempo de partir, recibió un escrito, en el cual los orientales confesaban la fé católica en toda su pureza. A su llegada á Egipto le dió Cirilo una ámplia esplicacion de su doctrina sobre la Encarnacion, y todas las sospechas y vanos terrores se desvanecieron con el encono y las preocupaciones. Pablo aprobó la esplicacion de Cirilo, condenó los errores de Nestorio, declarando que le tenía por bien y justamente depuesto, y á Maximiano por obispo legitimo de Constantinopla.

Pablo fué admitido á la comunión, despues de escrita esta declaracion, y tomó asiento en la iglesia entre los miembros del clero, y aun le pidieron que hiciese al pueblo la exhortacion de costumbre (1). Encontrándose en Alejandría en la fiesta de Navidad, espuso el misterio del día, llamó claramente á María Madre de Dios, y añadió que habia dado á luz al verdadero Emmanuel, al Santo de los Santos, digno de nuestras adoraciones, Dios y Hombre juntamente. El pueblo que prestaba gran atencion, exclamó arrebatado: «esto es lo que queremos oír, esta es la fé, esta es la verdad, y el que no profese esta creencia sea anatema.»—«Anatema, repitió Pablo, al que no hable y no piense así; porque es de fé que el concurso de las dos naturalezas perfectas, esto es, de la divinidad y humanidad ha formado un solo Hijo, un solo Cristo, un solo Señor.» A estas palabras exclamó el

(1) Concil. Ephes. part. 2, cap. 31.

pueblo en voz mas elevada: «¡Seais bien venido, obispo ortodoxo, digno compañero de Cirilo! ¡Bendito seais del Señor, en cuyo nombre habeis venido!» Pablo acabó al punto para dar lugar al obispo diocesano á que segun costumbre continuase la instruccion.

Nunca habia tenido otra doctrina el obispo de Emesa; mas insistia en que la declaracion que dió por escrito debia bastar para Juan de Antioquía y los demas orientales que le delegaban. Pero Cirilo sostuvo, por el contrario, que este género de promesas debian ser personales, y quiso absolutamente tener una confesion por escrito del mismo Juan; y aun llegó á dictarla, de acuerdo no obstante con Pablo, que cedió por fin y se encargó de estender el borrador de la aprobacion que se haria de la deposicion de Nestorio y de la condenacion de su doctrina. Nada omitia entretanto el santo Doctor para que sus agentes en Constantinopla y los amigos poderosos que tenia en la corte lograsen del emperador que acelerase la conclusion de la paz entre las iglesias. La princesa Pulqueria era siempre á quien se dirigia, como al recurso mas seguro en todas las necesidades de la Religion, y la pidió con encarecimiento que tuviese la condescendencia de escribir por un fin tan bueno al obispo de Antioquía.

Juan cedió por último á tantas instancias, y sea el que fuere el móvil de la conducta que hasta entonces habia observado, parece que despues procedió siempre de muy buena fé. Contestó á la carta de Cirilo escrita de acuerdo con Pablo de Emesa, que confesaba la esposicion de fé presentada por Pablo: que la abrazaba de todo corazón sin quitar artículo alguno; y profesando en particular el punto capital, confesó claramente dos naturalezas y una sola persona en Jesucristo. Añadió, que para acabar con las divisiones y escándalos, tenia

por legitivamente depuesto á Nestorio, antes obispo de Constantinopla. Por último, para mostrar que la Iglesia de Antioquía no era menos celosa de la pureza de la fé que la de Alejandría, declaró que condenaba las aserciones profanas del novador, aprobaba la eleccion de Máximiano, y se conservaba en su comunión así como en la de todos los obispos ortodoxos.

Concluyóse la paz con estas condiciones, y el Patriarca Juan participó al momento esta feliz noticia á todos sus orientales: la mayor parte de ellos aplaudieron esta concordia que estinguia las funestas consecuencias que por último principiaban á temer, y no quisieron esponer mas tiempo á la Iglesia por un falso pundonor ó por una ciega preocupacion á favor de un solo hombre, cuyo lenguaje á lo menos no era de modo alguno el de los antiguos doctores de la Iglesia. Esto no obstante, algunos permanecieron adictos á aquel seductor, y mostraron escandalizarse de que el Patriarca Juan le hubiese abandonado, siendo los mas célebres Teodoreto de Ciro y su metropolitano Alejandro de Jerápolis.

No oponia Teodoreto dificultad alguna en cuanto á la doctrina, ó bien porque hubiese mudado de pensar, ó porque jamás fué formalmente herege, sino que los errores que escribió se le escaparan en el calor de la disputa; porque es imposible justificar sus escritos contra San Cirilo, los cuales fueron condenados por la Iglesia, y eran claramente dignos de su censura, no solo porque impugnaban á un doctor cuya doctrina era la de la Iglesia, sino mas directamente, porque con motivo del anatematismo duodécimo, distinguían á Cristo y al hombre como si fuesen dos personas. Mas Teodoreto era muy adicto á Nestorio, porque pretendia haber sido condenado sin justicia y sin que su doctrina hubiese sido nunca bien entendida. Así se lo escribió, se-

gun dicen varios autores, cabalmente cuando todos los católicos pronunciaban con el mayor horror el nombre de este heresiarca. Entretanto el vicario de Oriente le amenazó con arrojarle de su iglesia, si no accedia á la reunion; mas él se burló de esta amenaza. Los piadosos solitarios de la Siria que merecian su confianza y afecto, algunos profetas y aun hombres milagrosos le hicieron las mas vivas instancias, sin que por entonces lograsen la menor cosa.

Sin embargo, poco despues escribió á los corifeos del partido en estos términos (1): «Es de temer que Dios castigue nuestra obstinacion inflexible y nuestra ceguedad en buscar nuestro interés mas que el del pueblo. Nuestra pertinacia, segun veo, solo acarreará consecuencias funestas. Ya somos la fábula del público: nuestros rebaños serán pronto apresados por los lobos, y espareiremos el desórden y la turbacion en todas las iglesias.» Despues tuvo una conferencia con su patriarca entre Ciro y Antioquía; y allí entró en la comunión de Juan sometiéndose á la decision de los puntos de fé, pero sin aprobar todavia la condenacion de Nestorio. No por esto se ocupó menos eficazmente en restablecer la paz, y se debió á sus afanes y nombradía la reunion de la mayor parte de los obispos de Cilicia.

Mas antes de rendirse á la verdad, una parte de los capadocios y cilicianos imaginaron un medio de sostenerse que muestra hasta qué punto el entusiasmo les habia turbado la razon, y la estravagancia con que abandonándose al cisma conservaban en las estremidades del Oriente el mas profundo respeto á la Cátedra apostólica. Los metropolitanos de Tarso y de Tiana, Heladio y Euterio, acordaron escribir en nombre de otros muchos cismáticos al Papa Sixto, pidiéndole sus auxilios contra los atentados

(1) Collat. Sup. cap. 151.

de Cirilo y de Juan de Antioquía. «Nosotros, le decían (1), nos postramos á vuestros pies pidiéndoos que nos socorrais, que hagáis regresar á sus Sillas á los pastores espelidos injustamente, y que recojais las ovejas dispersas que corren el mayor peligro en su salvacion. Nosotros, que habitamos en vastas provincias, la mayor parte muy lejos de Vos, como la Bitinia, la Cilicia, la Capadocia y el pais del Eufrates, sin hablar de la Thesalia y de la Misia, nosotros habríamos ido personalmente á enterreceros con nuestros gemidos, y á hacer correr vuestras lágrimas con las nuestras, si el temor de los lobos no nos detuviese cerca de nuestros rebaños. En nuestro lugar enviamos clérigos y monjes, y esperamos de la gravedad de nuestros males y de vuestra mucha caridad, que la voz de estas santas ovejas no será menos eficaz que la de los pastores para concedernos todos vuestros poderosos socorros.» Así dirigian sus quejas al Sumo Pontífice aquellos orientales, aunque cismáticos, para poner fin á las supuestas vejaciones de sus inmediatos superiores. Ya se echaba de ver que tal peticion, tan injuriosa á la autoridad general de la Iglesia como á los prelados mas beneméritos del Concilio de Éfeso, no serviría mas que para hacer deplorar en Roma la ceguedad de los que la hacian. La firmeza del Pontífice, de acuerdo con los gefes de la gerarquía oriental, les hizo oír los consejos de Teodoreto, y volvieron en su mayor parte al buen camino.

Entre los que perseveraron en el cisma se notó á Melecio de Mopsuestia y mucho mas á Alejandro de Jerápolis (2). Nada es mas espantoso que la obstinacion y dureza de este viejo, por otra parte prudente y moderado, bastante ilustrado, de una piedad

(1) Baluz. *Synod. cap. 117.*

(2) *Id. ibid. cap. 100 et seq.*

generalmente encomiada, de una pureza de vida admirable, de una caridad, vigilancia y aplicacion á todas las obligaciones del episcopado que le hicieron tan amado y respetado de su pueblo. Se figuró que la doctrina del Concilio de Éfeso hacia pasible la divinidad, y lejos de dejarse desengañar por Teodoreto ó Juan de Antioquía, de quienes habia hecho la mayor confianza mientras su error les era comun, luego que los vió unidos en comunión con San Cirilo, rompió para siempre con ellos, sin querer en lo sucesivo leer ni recibir cartas suyas.

«Podeis creer, escribió por última vez á Teodoreto, que no habeis omitido cosa alguna para salvar mi alma, y vuestra conciencia en este particular debe estar satisfecha. Tranquilizaos, pues, ó al menos dejad de molestar y fatigarme. Yo no me entrometo así en lo que hacen los demas; pero aun cuando todos los doctores que ha habido desde el principio del mundo canonizasen la abominacion de Egipto (de este modo trataba á la doctrina de San Cirilo), no los creeria con perjuicio de las luces que Dios me ha dado. Me duele mucho, añade, que los santos solitarios se incomoden tan en vano por mi causa. Aunque fuesen mucho mas santos y mas ilustres, aunque resucitaran todos los muertos que ha habido desde el primer hombre, nada seria suficiente para persuadirme. Si ellos me condenan, el Soberano Juez se lo perdone, y Dios sea loado por todo. Nuestros enemigos tienen á su favor los Concilios, los obispos, los magistrados, los emperadores y la reunion de todas las potestades; y nosotros tenemos por nuestra parte á Dios y la pureza de la fé.» Despues de esta declaracion no quiso escribir ni hablar sobre este asunto á ninguno de sus amigos, ni aun ver á las personas cuya presencia podia traerle á la memoria estas desavenencias.

Movióse á compasion Teodoreto y pidió

al patriarca Juan que usase de condescendencia con Alejandro. Le escribió que este viejo solo aspiraba á morir tranquilo: que si no sometia su juicio, se abstenia á lo menos de dogmatizar, guardaba un silencio respetuoso, y no queria ni podia mover la menor turbulencia. Tambien escribieron á Alejandro los oficiales del emperador, encargados de la ejecucion de sus órdenes en Oriente, que no podian menos de espulsarle de su Silla, si no se sujetaba al Concilio de Éfeso y comunicaba con Juan de Antioquía. Mas todo fué en vano: Alejandro sacrificó su estado á su obstinacion, y dejó su obispado sin mostrar el menor sentimiento.

Pero su diócesis quedó sumida en la mayor consternacion: todo era gemidos y lágrimas en la ciudad, y parecia que cada casa habia perdido su propio dueño: todos ensalzaban sus virtudes, su beneficencia y todas sus grandes cualidades. De la tristeza pasaron al furor, y si el gobernador Libiano no se hubiese acomodado con prudencia á las circunstancias, hubiera sucedido sin remedio una violenta sedicion. El mismo gobernador, enterrecido á vista de la desolacion de este pueblo, se encargó de su peticion para el Patriarca, y la apoyó cuanto pudo, acompañándola de una relacion de las cosas que á él mismo le habian conmovido. Juan contestó que habia probado todos los medios de dulzura, y que Alejandro no podia atribuir su desgracia sino á su obstinacion y altanería. «Mas esto no obstante, quiero, dijo, poner aun su suerte en sus manos. Si quiere reunirse á la Iglesia, yo le restableceré con gusto en su Silla.» Alejandro siguió inflexible, y quedó depuesto á pesar de su silencio y su reserva exterior. Le confinaron al Egipto, donde siguió reuniendo á la heregía todas las apariencias de virtud: terrible ejemplo, renovado en todas las sectas y que ha sido siempre peligroso. Tan necesario es fortificar continua-

mente á los fieles contra esta tentacion delicada, é inculcarles de continuo respecto de la fé, esta regla del Evangelio: «El que no oye á la Iglesia, aunque parezca un ángel del cielo, su doctrina debe ser para nosotros como la de un pagano ó publicano.»

Al año siguiente, es decir, el 436, fué arrojado Nestorio de su monasterio de Antioquía, donde habiéndole dejado tranquilo cuatro años no cesaba de propagar sus impiedades, en vez de hacer penitencia. Desterráronle á la ciudad de Oasis, en Egipto, y la orden del destierro comprendia la confiscacion de los bienes del heresiarca á favor de su iglesia. El lastimoso estado á que se vió reducido, no bastó para hacerle retractar sus blasfemias. Habiendo sido saqueada por los blemios, pueblo vagabundo de la Etiopia, la ciudad y territorio de Oasis, anduvo algun tiempo errante por los desiertos con muchas incomodidades, y creyó en fin haber encontrado un asilo en Panopia. Mas era un objeto fatal de maldicion temido en todas las provincias, y así el gobernador le obligó á alejarse, y aun le hizo conducir por fuerza á unos parages muy remotos. Por último, creciendo su impiedad con sus males, y marcado, por decirlo así, desde este mundo con el sello de la reprobacion, es comun opinion que su cuerpo se pudrió estando vivo, y que los gusanos royeron su lengua, instrumento de tantas blasfemias. Todavía forzado á huir en tan horrible estado, murió cayendo del caballo (1).

Los demas prelados hereges fueron tratados con un rigor proporcionado al grado de su culpa. Cuéntanse, ademas de Nestorio y Alejandro, catorce obispos que mostraron en la defensa del heresiarca una firmeza inalterable y cierta especie de vana generosidad, que sin duda contribuyó mucho á hacer esta secta tan numerosa. Por

(1) Evagr. *lib. 1, cap. 7.*